

LANGA MARTÍNEZ, L. Y ARANGO PRADA, A.
(2021). *SIN CESAR* (2ª ED.). ED. ENTRELAZANDO

Daniel Campo Palacios

Investigador Independiente. Bogotá, Colombia
ORCID: 0000-0001-7270-6174
danielcpalacios@gmail.com

Lo mismo que el que sueña una desgracia,
que soñando desea estar soñando,
y así ansía que ocurra lo que ocurre,
me pasó a mí, que me quedé en silencio,
y quería excusarme y no sabía
que al no poder hacerlo ya lo hacía.

Infierno. Canto XXX: 136-141

Trataré de explicar por qué el libro *Sin Cesar* es un talismán. Al mismo tiempo un objeto dotado de voluntad y un instrumento para protegerse del terror. Lo primero es entender que *Sin Cesar* es algo mucho más que un libro. Su forma-libro es la excusa exacta para canalizar una multiplicidad de voces, imágenes y movimientos que perduran en un ambiente saturado por “análisis” y “narrativas” sobre el “conflicto armado” que suelen sacrificar la sensibilidad en función de las explicaciones. Laura y Ariel lograron algo extraordinario con este artificio mágico, contando una historia de despojo y desaparición forzada en el departamento del Cesar, al norte del Colombia.

Entre las muchas formas posibles de acercarse a un hecho tan aberrante como el terrorismo de estado, ellos eligieron tejer. Y el tejido es la clave. En *Sin Cesar* encontramos un tejido en el que lo vegetal

y lo animal se entrelazan, vemos fragmentos e iluminaciones de ese entramado de la vida, donde las conexiones nos llegan con imágenes, textos y texturas. La cercanía de las palabras no es casualidad. Aquí se encuentran la sangre que pervive en la memoria, la corteza con sus cicatrices y el lecho mineral de corrientes prehistóricas.

Cada página se abre como un boquete de luz en la oscuridad que desaparece al instante, como eso que Walter Benjamin llama "iluminación profana". Empezando por la portada. En relieve, el croquis del departamento del Cesar y en mayúsculas sostenidas el título del libro. Alrededor, color y figuras. Al principio parece algo familiar: quizás un mapa, quizás una foto satelital, quizás la corteza de un árbol, quizás un charco de sangre. No lo entendemos. Podemos esperar, de aquí en adelante, un camino de descubrimiento.

Sin lugar a dudas, los autores –quienes en su independencia controlan la edición, las dimensiones y la fabricación enteras– han pensado cuidadosamente las transiciones, la composición de cada página, el sentido estético y político de cada cambio de hoja. Pensemos por un momento solo en las seis primeras páginas: la sangre/corteza/lecho, la gente en movimiento y la tierra con el cielo. Ya estamos situados, con dos vueltas de página, en el centro de esta historia.

Y a medida que seguimos dando vuelta a las páginas, cada uno de estos hilos se tensa y se abre. Las palabras se diseccionan para encontrar sus mecanismos secretos. Primero ocurre con "Cesar", luego con "Copey" (más adelante con "Ejecución" y finalmente con "Archivar"): texto, imagen, mapa, fotografía. Se han puesto sobre la mesa los elementos primordiales. Y entonces ocurre una transición desconcertante, que se percibe con la mirada y con los dedos: aquí cambia el tipo de papel y el color, abriendo camino al primer capítulo.

La prosa lírica de los capítulos, a su vez, también se erige como un torrente de voces, como un montón de raíces que brotan hacia adentro de la tierra (que es la memoria) y buscan al mismo tiempo la superficie fresca (que es la palabra). Se pasa de la primera a la tercera persona en un flujo complejo. Parecen pocas palabras, palabras dispersas, pero cuando comprendemos lo que significa «en el centro siempre la violencia», descubrimos la fuerza de su conjunto.

Ahora un hombre se mueve entre gigantescas matas de yuca. En toda la mitad de las dos páginas un hilo rojo le atraviesa el rostro ensombrecido por un sombrero de paja. “Hace falta hablar, el miedo nos roba las palabras”. Es la anticipación del terror que se despeña por las páginas siguientes.

Al ser un libro sobre el terrorismo de estado, se enfrenta con el peligro permanente de la banalidad del horror. Pero, ¡gran hazaña!, este no es un informe de memoria histórica. Se trata de algo mucho más importante, algo parecido a la curación.

Un papel de fibra cubre dos pequeñas crónicas de mayo del 2018 en dos momentos claves del libro. ¿Por qué? Parece proteger las palabras entre algodones, parecen un velo espeso, como un nudo en la garganta y en la retina que después se suelta sobre un papel grueso y de textura críptica. Nos hablan de la voz y de los cuerpos, la violencia, el engaño, la desaparición y la búsqueda. Es exactamente lo opuesto de la banalidad.

La búsqueda. ¿Qué historia nos narran tantos árboles? Son testigos con un lenguaje de otro tiempo, casi imperceptible, solo comunicable por los vestigios de la violencia en sus superficies. Las marcas en rojo, los agujeros de bala, las runas del sol filtrándose entre las altas hojas de una ceiba.

Y entonces entra un nuevo elemento a removerlo todo, nuevos testigos llevando auestas también su propio lenguaje. Aquí el archivo se entrevera con lo que ya está andando y adhiere una capa de materialidad a los silencios del relato. Estamos frente a los vestigios de las luchas agrarias, sindicales y obreras, exterminadas para dar paso al progreso. El relato clásico que se repite a cada instante en todas partes del mundo: la *acumulación originaria* como un proceso permanente.

Con un nuevo cambio de papel y un *montaje* alrededor de un cadáver, nos comunican el hecho incontestable: las “ejecuciones extrajudiciales” son solo el perfeccionamiento de un proyecto político de dominación que lleva décadas. Y lo que le sigue es «inexpresable», en palabras del libro. Doscientos noventaicinco asesinatos cometidos por la Fuerza Pública y los paramilitares en el Cesar

desde 1966 hasta el 2011, con nombre y apellido. Seis gruesas páginas de cartulina roja atiborradas de vidas cercenadas.

De esta manera llegamos a la mitad del libro y el centro de tanta muerte. La respuesta es calcada de tantas otras partes y de tantos otros momentos: las muchas máscaras del progreso. Para el Cesar son la palma africana y el carbón. En trece testimonios se cuenta la historia de una zona de sacrificio, de cómo se configura el desarrollo que huele a humo y se ve como hileras infinitas de una misma planta. De un lado las luchas obreras por la dignidad; del otro, las Autodefensas Unidas de Colombia, formadas en uniformes impecables. Su victoria fue arrasadora. Lo demuestran las fotos aéreas de las plantaciones de palma y las explotaciones carboneras.

La siguiente parte, el capítulo 3, es tal vez la más dolorosa. Pues vemos en un proceso muy íntimo, con poca luz, a blanco y negro, con textos fragmentarios, en un ritmo más lento, un caso concreto del sacrificio humano que exige el capital. De nuevo, la búsqueda. La esperanza de encontrar. Las sospechas, el horror contenido, un ocaso sobre un muro derruido y en su interior la exhumación. “Lo mismo que el que sueña una desgracia...” dice en Infierno, “que soñando desea estar soñando”.

“Sigue la herida sin cesar”. Cerrando las últimas páginas del libro, un compendio de titulares grita las palabras burocráticas con que tan bien se disfraza la impunidad. La burocracia, siempre laberíntica, tiene aquí un tinte actual: parecen titulares que podemos ver aún hoy. Pero esto también será pasado. Llegará el momento en que se sientan tan lejanas como las fotos de las movilizaciones sindicales. Serán huellas.

¿Esto en qué se asemeja a un talismán? Sin la materialidad del libro, es difícil explicarlo. Pues *Sin Cesar* hace parte de ese reino literario que Michael Taussig llama “escritura apotropaica”, aquella que se conjura para protegerse de un peligro. Siendo aquí el peligro doble: la violencia paramilitar del progreso y la violencia de la escritura sobre la violencia. Por eso pienso que la potencia de este libro es curativa. Abre un espacio importante para narrar, para escuchar. ¿Cada cuánto nos encontramos con un libro con esta facultad?